

Carlos Roa Hewstone

La Ciudad Ardiendo

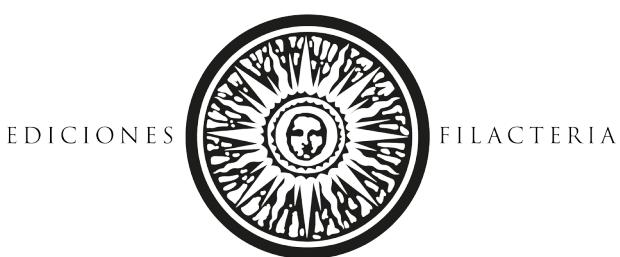
EDICIONES



FILACTERIA

C o l e c c i ó n

P o e s í a S i n é c d o q u e



© Carlos Roa Hewstone

La Ciudad Ardiendo

Primera edición de 300 ejemplares: agosto 2020

Editor de colección: Rodrigo Peralta

Diseño y diagramación: Ediciones Filacteria

Diseño de portada: Ediciones Filacteria

Fotografía portada: Archivo personal del autor

Corrección de estilo: Francisco Marín Naritelli

Reg. Prop. Int. N°: 2020-A-4314

ISBN: 9789569896224

E-mail: contacto@edicionesfilacteria.cl

Web: www.edicionesfilacteria.cl

www.facebook.com/Ediciones Filacteria

www.instagram.com/edicionesfilacteria/

Contacto del autor: roa.hewstone@gmail.com

Ediciones Filacteria SpA / Santiago / Chile

La Ciudad Ardiendo

MIENTRAS CON HOLLÍN EN LAS OREJAS

Mientras con hollín en las orejas
usamos la ropa que no hay que usar
vemos a los niños lanzarse unos a otros
más y más pueblos enfermos a la cara.

Como uvas cayendo sobre naranjas
la lluvia suma agua a las olas.
Hechas para ser miradas
su ruido se adhiere al temblor de los pinos.

Hablamos de cosas que no hay que hablar
fluye una leche café de las altas chimeneas
y la bruma que llega del camino es gris.

El hambre nos trajo a esta tierra.
Y ya no existe el hambre.
Y ya no hay esta tierra.

Tullidas sobre las plantas sin raíces golondrinas
caen del puente entre el barro y el humo.
Como el barro que arrastró la inundación estamos solos.

Por nuestro poder creado
hay un río espeso arrastrando a los enfermos
hacia un pilar de agua también gris
por nuestro saber gobernado.

Esta tierra amplia.

Esta tierra es limpia.

La noche es pura.

Se alza ante nosotros

y se pierde luego entre la gente que baila
ignorando el incendio.

LOS REYES DE LA MALEZA

Somos los últimos reyes de la maleza
raspando el musgo para grabar
las escenas fijas en la roca.

Toros negros se insinúan en la frágil luz
iluminados por la fogata pintamos
con las manos ciervos en las paredes.

Se nos abrió un mundo abierto a otros mundos
cuando le cantamos al maíz.

Edificamos templos para calmar al volcán
domesticamos a las anguilas
que se movían en el agua detenida
y en cuanto a alimentarnos comimos
de esas mariposas negras que batallaban por copiarse
mutuamente
sobre los fríos huesos blancos.

Bailamos,
nos tragamos serpientes para dominar al rayo
y ese rayo revolvía el fondo marino
y al perforar desde dentro los volcanes
resultaban ser islas
empujando a otras islas desde abajo.

Luego llegaron gigantes tirando
con sogas los cerros desde arriba
para levantarlos aún más
hacia el firmamento transparente.

Para mayor gloria de los hombres
está el don del habla
guiando de cerca nuestros corazones
 llenos de ceros cada vez más vacíos.

Pero ese mundo se cerró
y dio a luz dos cielos adentrándose
el uno por un lado
el otro por el otro.